

Norman Cohn

El mito de la conspiración judía mundial

Los Protocolos de los Sabios de Sion



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Warrant for Genocide. The Myth of the
Jewish World Conspiracy and the
Protocols of the Elders of Zion*
Traducción de: Fernando Santos Fontela

Primera edición: 1983

Segunda edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Copyright © Norman Cohn, 1967, 1996

Copyright © Serif, 1996, 2005

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-001-5

Depósito legal: M. 16.540-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prefacio a la edición de Alianza Editorial

El mito de la conspiración judía mundial

- 23 1. Los orígenes del mito
51 2. En contra de Satanás y de la Alianza Israelita Universal
79 3. Los *Protocolos* y el *Diálogo en el Infierno*
104 4. La policía secreta y los ocultistas
148 5. Los *Protocolos* en Rusia
174 6. Los *Protocolos* llegan a Alemania
206 7. Los *Protocolos* dan la vuelta al mundo
235 8. El racismo germánico, Hitler y los *Protocolos*
271 9. El mito en la propaganda nazi
302 10. El proceso de unos mercaderes de falsificaciones
325 11. La Internacional Antisemita

Apéndices

- 355 I. El *Discurso del Rabino*
364 II. Algunos pasajes paralelos de los *Protocolos* y del *Diálogo en el Infierno*

372	III. Algunos pasajes de los <i>Protocolos</i> que no se basan en el <i>Diálogo en el Infierno</i>
383	IV. Los <i>Protocolos</i> y la venida del Anticristo
385	Nota bibliográfica
392	Notas
411	Índice analítico

A David Astor

Prefacio a la edición de Alianza Editorial

Muchas veces me han preguntado cómo era que yo, historiador que ha dedicado la mayor parte de su vida activa a épocas muy anteriores, había llegado a hacer esta incursión en la historia moderna. Es una pregunta que no me cuesta trabajo contestar: lo hice intentando comprender cómo es que alguien llegó a concebir la gigantesca matanza que Hitler calificó de «solución final de la cuestión judía» y que hoy día nos hemos acostumbrado a calificar de Holocausto.

Porque, efectivamente, el Holocausto plantea un problema de tipo muy especial. Es cierto que sólo una tercera parte de los civiles asesinados por los nazis y sus cómplices eran judíos, y que las pérdidas civiles de algunas de las naciones de Europa oriental en guerra con el Tercer Reich –la Unión Soviética, Polonia y Yugoslavia– ascendieron al 11 o el 12 % de toda la población. También es cierto que en la propia Alemania mataron con gases a

un mínimo de 80.000 y un máximo de 100.000 reclusos en hospitales mentales, y que junto con los judíos perecieron unos 250.000 gitanos. Y, sin embargo, existe una diferencia. A los judíos se los persiguió con un odio fanático reservado en exclusiva para ellos. Los muertos representaron más de la mitad, quizá más de dos tercios, de los judíos europeos: entre cinco y seis millones, sin contar a los que murieron de hambre y enfermedades en los guetos. Y todo esto le ocurrió a un pueblo que no constituía una nación beligerante, ni siquiera un grupo étnico claramente definido, sino que vivía esparcido por toda Europa, desde el Canal de la Mancha hasta el Volga, con muy poco en común, salvo su descendencia de seguidores de la religión judía. ¿Cómo explicar ese fenómeno extraordinario?

Al igual que muchos otros, yo no paré de hacerme esta pregunta mientras se realizaba la labor de exterminio, pero hasta después de la guerra no empecé a abrirme el camino hacia lo que, según estoy convencido hoy día, es la respuesta correcta. En invierno de 1945, mientras esperaba a que me desmovilizaran en Europa central, obtuve por casualidad acceso a una gran biblioteca de obras de ideólogos y propagandistas nazis y protonazis. Varios meses de lectura, reforzados por el contacto con miembros de las SS que estaban en proceso de interrogatorio e investigación, me infundieron la firme sospecha de que la campaña de exterminio de los judíos se debía a una superstición cuasi demonológica. Empecé a sospechar que la forma más mortífera de antisemitismo, del género que lleva a matanzas y a tentativas de genocidio, tiene muy poco que ver con verdaderos conflictos de in-

tereses entre los vivos, y ni siquiera con el prejuicio racial en sí. Con lo que me tropezaba constantemente era, más bien, con el convencimiento de que los judíos –todos los judíos de todo el mundo– forman un conjunto de conspiradores empeñados en arruinar al resto de la humanidad, para después dominarla.

A medida que se fueron conociendo los datos del Holocausto, la historia del antisemitismo, que hasta entonces había sido el coto de un par de personas animosas, empezó a atraer la atención de muchos estudiosos, y empezaron a amontonarse los estudios sobre unos y otros aspectos del tema. Pero fue muy poco lo que se publicó que pudiera confirmar o refutar mi sospecha: cuando se celebró el juicio de Adolph Eichmann, en 1961, nadie había realizado todavía un estudio a fondo del mito de la conspiración judía mundial ni del papel que había desempeñado en cuanto a permitir la posibilidad del Holocausto.

Es cierto que la notoria falsificación a la que se dio el título de *Protocolos de los Sabios de Sion*, expresión y vehículo supremos del mito de la conspiración judía mundial, había recibido muchísima atención. Entre 1920, cuando apareció por primera vez en Europa occidental, y 1942, cuando Goebbels la explotaba con un cierto efecto, fue objeto de una docena de estudios críticos en inglés, alemán, francés y ruso. Varios de esos libros fueron obras eruditas; uno de ellos, *L'Apocalypse de notre temps*, fue una obra importante de investigación original, y no cabe duda de que habría dejado una huella si su publicación no se hubiera visto relegada a segundo plano por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y si los alemanes no hubieran confiscado y destruido la edi-

ción en cuanto llegaron a París. Pero persistía una laguna considerable: no se había realizado ningún estudio acerca de cómo había nacido el mito de la conspiración judía mundial después de la Revolución francesa; de cómo había inspirado toda una serie de falsificaciones, que culminó con los *Protocolos*; de cómo se utilizaron los *Protocolos* para justificar las matanzas de judíos durante la guerra civil rusa; de cómo llegaron a poseer la mente de Hitler y se convirtieron en la ideología de los más fanáticos de sus seguidores en Alemania y otros países, y sirvieron así para abrir camino al Holocausto. Bajo el impacto del juicio de Eichmann decidí por fin iniciar ese estudio. El presente libro narra lo que descubrí.

Quizá resulte difícil aceptar que sea legítimo dedicar un estudio erudito, con todo el tiempo y la energía que ello implica, a una fantasía tan ridícula como los *Protocolos*, o a figuras tan oscuras como el escritorzuelo Hermann Goedsche, o el estafador barato Osman-Bey, o el pseudo místico medio loco Serguéi Nilus, o todos los demás. Pero es un gran error suponer que los únicos escritores importantes son los que se toman en serio las personas educadas en sus momentos de mayor cordura. Existe un mundo subterráneo en el que los sinvergüenzas y los fanáticos semicultos elaboran fantasías patológicas disfrazadas de ideas, que destinan a los «ignorantes» y los supersticiosos. Hay momentos en que ese submundo surge de las profundidades y fascina, captura y domina repentinamente a multitudes de gentes normalmente cuerdas y responsables, que a partir de ese momento pierden toda cordura y toda responsabilidad. Y ocurre a veces que ese submundo se transforma en una fuerza política y cambia el rumbo de

la historia. Es un hecho indiscutible que los olvidados ex-céntricos de los que se habla en la primera mitad de este libro crearon un mito que, años después, habían de utilizar los gobernantes de una gran nación europea como justificación del genocidio.

Claro que los mitos no actúan en el vacío. El mito de la conspiración judía mundial hubiera seguido siendo monopolio de los derechistas rusos y de unos cuantos maniáticos de Europa occidental, y los *Protocolos* jamás habrían salido de la oscuridad, de no haber sido por la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa y lo que siguió a ambas. Y jamás se habrían convertido en el credo de un gobierno poderoso y de un movimiento internacional de no haber sido por la Gran Depresión y la desorientación total que ésta produjo. Pero, por otra parte, todos estos desastres juntos jamás hubieran podido producir un Auschwitz sin la ayuda de un mito cuyo objetivo era despertar todas las posibilidades paranoicas y destructivas del ser humano. También he tratado de hacer justicia a esas dimensiones –a las que cabría calificar de sociológicas y psicopatológicas– de esta historia extraordinaria y terrible.

El mito de la conspiración judía mundial no ha muerto en absoluto, y de hecho sigue reapareciendo bajo disfraces ligeramente modificados en los puntos más diversos. Pero relatar esa influencia después de la Segunda Guerra Mundial exigiría otro volumen, y otra persona que lo escribiera. Lo que se narra en éste termina con el Holocausto.

Londres, marzo de 1980

N. C.

Expresiones de agradecimiento

Es probable que este libro jamás se hubiera escrito de no haber sido por David Astor, que lleva muchos años muy preocupado por el tipo de aberración del que trata la obra. Al permitirme que dejara durante algún tiempo la vida universitaria y me dedicara exclusivamente a investigar y escribir, redujo a unas proporciones manejables una tarea que, de otro modo, podría haber resultado abrumadora.

Boris Nicolaevsky, que actuó como testigo en el juicio de Berna de 1934-1935, y que murió inmediatamente después de que terminara este libro, no sólo puso a mi disposición documentos muy valiosos de sus archivos, sino también sus excepcionales conocimientos de la política revolucionaria y contrarrevolucionaria en la Rusia zarista. El Rev. Dr. James Parkes y el Dr. Léon Poliakov prestaron toda la sabiduría acumulada durante sus años de investigaciones sobre la historia del antisemitismo y me ofrecieron muchas críticas y sugerencias utilísimas. También me resultó muy útil el gozar de acceso a la Biblioteca Parkes y a los frutos de la investigación del propio doctor Parkes sobre los *Protocolos*.

Los profesores Francis Carsten, John Higham, Walter Laqueur, George Mosse y Leonard Schapiro examinaron con su enorme erudición varios capítulos, y me salvaron de cometer muchos errores. Si después de todos los esfuerzos de estos críticos y guías el libro sigue adoleciendo de errores de hecho o de juicio, la culpa es exclusivamente mía.

El personal de la Biblioteca Wiener atendió mis múltiples solicitudes con la eficiencia y cortesía que pronto aprenden a dar por sentadas los usuarios de esa admirable institución, y el señor C. C. Aronsfeld también me orientó hacia grandes cantidades de datos que fácilmente podría yo haber pasado por alto.

Al nombrarme para una beca de investigación, el Centro de Estudios Avanzados sobre el Comportamiento de Stanford, California, me brindó un contexto ideal en el cual dar los últimos toques al libro, comprendida la oportunidad de comentar varios aspectos difíciles con algunos colegas muy estimulantes y serviciales.

Como el idioma materno de mi mujer es el ruso, me leyó todas las obras en ese idioma. La paciencia con que se ocupó de esta tarea es tanto más de agradecer si se tiene en cuenta lo terrible de muchas de las cosas que tuvo que leer. Ha sido una aportación indispensable, al igual que la crítica a la que sometió todo el manuscrito.

Celebro esta oportunidad de expresar mi gratitud a todos los que me han ayudado de estas formas tan diversas.

Agosto de 1966
N. C.

El mito de la conspiración judía mundial

Los Protocolos de los Sabios de Sion

... *Quantum mortalia pectora caecae noctis habent...*

[¡Cuánta noche ciega hay en los pechos de los hombres!]

Ovidio, *Las Metamorfosis*

1. Los orígenes del mito

1

Hay regiones muy grandes de la Tierra en las que tradicionalmente se ha visto a los judíos como seres misteriosos, dotados de poderes siniestros y extraños. Esta actitud data de la época, entre los siglos II a IV después de Cristo, en que la Iglesia y la Sinagoga competían para obtener conversos en el mundo helenístico, y en que, además, ambas trataban de arrancarse partidarios la una a la otra. Para aterrorizar a los cristianos judaizantes de Antioquía a fin de que rompiesen definitivamente con la religión original, San Juan Crisóstomo calificó la Sinagoga de «el templo de los demonios... la caverna de los diablos... una sima y un abismo de perdición», y calificó a los judíos de asesinos y destructores habituales, de pueblo poseído por un espíritu del mal. Y para proteger a sus catecúmenos contra el judaísmo, San Agustín habló de

cómo quienes habían sido los hijos favoritos de Dios se habían transformado después en hijos de Satán. Además, se relacionó a los judíos con aquella temible figura del Anticristo, «el hijo de la perdición», cuyo reinado tiránico, según San Pablo y el Apocalipsis de San Juan, debe preceder a la segunda venida de Cristo. Muchos de los Padres enseñaban que el Anticristo sería un judío y que los judíos serían sus más devotos seguidores¹.

Siete u ocho siglos después, en el período más militante de la Iglesia católica, se resucitaron aquellas viejas fantasías y se las integró en toda una nueva demonología. A partir de la época de la Primera Cruzada se presentó a los judíos como hijos del Diablo, agentes empleados por Satanás con el fin expreso de combatir el cristianismo y hacer daño a los cristianos. Fue en el siglo XII cuando se los acusó por primera vez de asesinar a niños cristianos, de torturar la hostia consagrada y de envenenar los pozos. Es cierto que los papas y los obispos condenaban frecuente y enfáticamente aquellas invenciones, pero el clero bajo siguió propagándolas, y al final llegaron a gozar de general credibilidad. Pero, sobre todo, se decía que los judíos rendían culto al Diablo, que los premiaba colectivamente al ponerlos en posesión de la magia negra, de modo que por indefensos que pudieran parecer los judíos vistos individualmente, como pueblo poseían unos poderes ilimitados para hacer el mal. Y ya entonces se hablaba de un gobierno judío secreto: un consejo de rabinos en la España musulmana que, según se decía, dirigía una guerra clandestina contra la cristiandad en la cual su arma principal era la brujería.

La propagación de esas ideas por el clero, siglo tras siglo, fue influyendo gradual pero decisivamente en la actitud de los laicos. Si el judaísmo, con su profundo sentimiento de elección y su complicado sistema de tabús, tendía en todo caso a hacer de los judíos un pueblo diferenciado, las enseñanzas y la prédica cristianas aseguraban que no sólo se los tratara como a meros extraños, sino como a enemigos peligrosísimos. En la Edad Media los judíos carecían casi totalmente de derechos y era frecuente que las turbas los asesinaran. Aquellas experiencias, a su vez, acentuaron mucho la tendencia judía a la exclusividad. Durante los largos siglos de persecuciones, los judíos se convirtieron en un pueblo totalmente extranjero, restringido obligatoriamente a los oficios más sórdidos y que miraba con ojos de amargura el mundo de los gentiles. Para casi todos los cristianos, aquellas extrañas criaturas eran demonios con forma humana, y parte de la demonología que se fue tejiendo en torno a ellos a lo largo de tantos siglos ha resultado extraordinariamente duradera.

El mito de la conspiración judía mundial representa una adaptación moderna de esa tradición demonológica antigua. Según ese mito, existe un gobierno secreto judío que, mediante una red mundial de organismos y organizaciones camuflados, controla partidos políticos y gobiernos, la prensa y la opinión pública, los bancos y la marcha de la economía. Se dice que dicho gobierno secreto hace todo eso conforme a un plan secular y con el único objetivo de lograr que los judíos dominen el mundo entero, y también se dice que se está acercando peligrosamente al logro de ese objetivo.